

CAPÍTULO III.

TERCERA PRUEBA

de la divinidad de la Iglesia romana.

SU CATOLICIDAD.

Acabas de ver, querido Teófilo, que la Iglesia romana posee los dos primeros caracteres que constituyen la esencia de la verdadera Iglesia, la santidad y la unidad. Vamos ahora á demostrar que no posee menos el tercero, *el catolicismo*, y que no puede disputársele con el menor viso de razon.

§ 1. *Catolicismo de la Iglesia romana.*

Ya te acordarás, hijo mio, de que la palabra *católica* significa *universal*; ningun nombre, por consiguiente, es mas propio que este de la Iglesia romana, puesto que sus hijos están esparcidos por todo el universo. Antiguamente tuvo esta Iglesia bajo

sus leyes todo el imperio romano, y hasta llegó á extender su dominacion mucho mas allá de los límites de este vasto imperio, plantando la cruz en medio de unas naciones, en las cuales jamás habian podido los Césares enarbolar sus banderas.

Actualmente, á mas de muchos grandes reinos que posee enteramente, tiene súbditos en todas partes del mundo, y cási en todos los países. Gracias á la admirable obra de *la Propagacion de la Fe*, los misioneros católicos han penetrado en países hasta ahora cási del todo desconocidos, y su celo ardiente extenderá cada dia mas el imperio de la Iglesia romana.

No hay duda que *no todo el mundo* es católico romano, y que hasta es imposible que lo sea, pues es necesario que haya herejes, y que sucedan escándalos. Mas sin contradiccion, no hay una sola de tantas sociedades, que se llaman cristianas, cuyo número de prosélitos no sea infinitamente inferior al de los católicos romanos.

Jesucristo dijo á sus Apóstoles antes de subir á los cielos: *Id, instruid á todas las naciones*. Únicamente, pues, debe considerar-

se como la verdadera Iglesia de Jesucristo aquella, que siempre se ha creído encargada de ejecutar esta orden del Salvador; es decir, aquella que se presenta siempre con un carácter de *conquistadora*, si me es lícito expresarme así; aquella que en todas las épocas ha enviado apóstoles á todas las partes del mundo, y á todas las naciones infieles, para llevar allí la luz del Evangelio, y para conquistar almas á Jesucristo. Ahora bien, querido amigo, basta leer la historia eclesiástica, para ver que la Iglesia romana ha estado siempre animada de este celo apostólico, y que aun hoy día envía misioneros á la China, á la Oceania, y á todos los países conocidos.

§ II. *Título de la Iglesia romana.*

Tan propio es de la Iglesia romana el título de católica, y tan exclusivamente suyo, que hasta sus mayores enemigos se ven obligados á concedérselo, y hé aquí uno de los motivos que mas estrechamente ligaban á san Agustín á la Iglesia romana: «Estoy como detenido en esta Iglesia, «decia aquel gran Doctor, por el nombre

«de *católica*, que ha conservado siempre
«de tal manera, en medio de todas las herejías, que cuando un extranjero pregunta por el lugar donde se reúnen los católicos, ningun hereje se atreverá á dirigirle á su casa ó su templo; prueba evidente de que el que busque la verdadera Iglesia, por precision la encontrará entre nosotros.»

Hoy dia mismo, querido Teófilo, si vas á Londres y pides á algun habitante de aquella inmensa ciudad que te acompañe á la Iglesia católica, ó al lugar donde suelen reunirse los católicos, aunque aquel á quien te has dirigido fuese el anglicano mas obstinado, no se atreveria á dirigirte á casa del obispo ó á algun templo de los de su secta. Luego en Londres son conocidos como en Paris, los cristianos romanos, bajo el nombre de *católicos*.

Pues bien, lo mismo sucede en todas partes, y lo mismo ha sucedido en todos tiempos. Jamás secta alguna de herejes ha podido despojar á la Iglesia romana del título de católica, ni partirlo con ella. Cuando los protestantes entre sí hablan de no-

sotros, nos llaman *los católicos*, y cuando hablan de sí mismos se llaman protestantes, ó calvinistas, luteranos, zuinglianos, anglicanos, segun los diferentes autores de sus sectas respectivas ¹.

§ III. *Falta de catolicismo en los protestantes.*

Desafiamos á los protestantes á que prueben, que son católicos, es decir, universales. Ellos no ocupan mas que algunas pequeñas partes de Europa, y aun allí están tan divididos entre sí que forman una infinidad de sectas particulares. ¿Qué son todos ellos en comparacion de los católicos? Si unes á la Italia, en donde está la cátedra de san Pedro y el centro del catolicismo, la Sicilia, la Cerdeña, Francia, España, Portugal, la Saboya, los Países-Bajos, la mayor parte de la Alemania, la Hungría, la Polonia, la Irlanda, las iglesias fundadas por los misioneros modernos

¹ Algunos protestantes, avergonzándose de los autores de su secta, no quieren que se les llame calvinistas, ni luteranos, etc., sino que quieren ser *cristianos reformados*.

(Nota de los editores).

en el Asia, África, América y en la Océania, todos los católicos mezclados con los protestantes y demás sectas; si unes todos estos, verás, hijo mio, que los protestantes se pierden, por decirlo así, en la inmensidad del espacio que ocupan los católicos.

Y estos herejes, ¿tienen el celo de los católicos por la gloria de Dios? ¿En dónde están sus apóstoles *desinteresados*, que van á anunciar el Evangelio á las naciones? ¿Tienen ellos bastante valor para ir á buscar el martirio entre los bárbaros? Al contrario, siempre se han quedado allí mismo donde han nacido, semejantes, dice Lactancio, á los gusanillos que roen la madera, en la cual han nacido, sin pasar mas allá. Los protestantes se han contentado siempre con pervertir tantos católicos como han podido, y con crearse un partido poderoso contra la Iglesia romana; pero ninguno de ellos ha trabajado seriamente en la conversion de los infieles.

No debe sorprenderte, querido Teófilo, esta notable diferencia entre la Iglesia católica y las sectas de los herejes. La Igle-

sia es una viña abundante que , cultivada por las manos de Jesucristo , extiende muy léjos sus ramas. Las sectas , por el contrario , son sarmientos cortados de la cepa , y que , no recibiendo ya el jugo y la vida , por precision deben secarse y morir. Tambien pueden compararse los herejes á esas bandadas de insectos que , impelidos por un viento pestilencial , caen de improviso sobre una fértil campiña , la asolan en un momento , y mueren en seguida al pié mismo de las plantas que han comido. Tal ha sido la suerte de todos los herejes que han precedido á los protestantes , y tal será algun dia la de los protestantes mismos.

Ni se nos diga que los protestantes envian misioneros á los países de los infieles , y que esparcen alli las Biblias con toda profusion ; porque estos pretendidos misioneros no van allí para buscar los intereses de Jesucristo , sino los suyos propios ; léjos de tratar de ilustrar á los pueblos , tratan de corromperlos.... Mas bien son negociantes interesados y astutos políticos que ministros dedicados á Jesucristo. Ahí está la Historia que atestigua que en cualquier parte

que se encuentren con los verdaderos ministros de la Iglesia católica , queda ofuscado su brillo , pues no tardan mucho los pueblos en distinguir los unos de los otros , y conocer la mucha diferencia que media entre ambos ; y al paso que sienten aversion y desprecio á los primeros , les inspiran los segundos mucha confianza y veneracion ¹.

§ IV. *Falsos asertos de los herejes.*

En vano se glorian nuestros adversarios de su número ; ninguna ventaja les da este sobre nosotros. ¿Qué tienen ellos de comun entre sí á no ser el odio que tienen á la Iglesia católica ? No puede decirse que formen una sola sociedad , pues profesan diferentes dogmas. Tampoco siguen todos la misma comunión , sino que forman sectas separadas y distintas entre sí , y todas enemigas unas de otras. Ni juntas , ni separadas constituyen la verdadera Iglesia ; no

¹ Recuerden sobre esto nuestros lectores el tratado del Ilmo. Wiseman de la esterilidad de las misiones de los protestantes , que forma la mitad de nuestro tomo XIII.

(Nota de los Editores).

juntas, porque cada una de sus sectas sigue una comunión diferente; ni mucho menos separadas, bastando á convencerles de esto la poca extensión de terreno que abraza cada una de ellas.

La verdadera Iglesia es una en su multitud, y el inmenso número de sus hijos no daña á su unidad en lo mas mínimo, forma siempre un solo cuerpo, cualquiera que sea la muchedumbre de sus miembros. «La unidad es la que constituye un pueblo, dice san Agustín; quitada la unidad, ya no es un pueblo, una sociedad, una Iglesia; es una confusión tumultuosa. Lo que mas une á los fieles entre sí, son los lazos de la caridad; mas estos lazos se rompen y se despedaza el cuerpo si sus miembros empiezan, ó á seguir con obstinación dogmas diferentes, ó bien si, aunque sin apartarse del todo de la fe, se separan de cualquier modo que sea, del cuerpo y del rebaño que es único.»

Reune, pues, amigo mio, la unidad y la muchedumbre, y ahí tendrás la Iglesia católica. La Iglesia católica se sostiene por su unidad; ella sobrepuja á todas las demás

sociedades en extensión y en el número de sus hijos. Ahora bien, estos dos caracteres, esenciales del catolicismo, solo se encuentran en la Iglesia romana. Esta, pues, es la única verdadera Iglesia, la Iglesia de Jesucristo.

§ V. Conclusion.

Por consiguiente, nada hay mas fácil que probar á los protestantes y á todos los herejes y cismáticos que su sociedad no es la verdadera Iglesia de Jesucristo. Basta recordarles su origen, y la fecha de su pretendida reforma, ó de su separación de la Iglesia romana. Podemos decirles lo que decia Tertuliano á los herejes de su tiempo: *¿quién sois vosotros, y de dónde venis?*

Vuestra Iglesia no es la que fundaron los Apóstoles, pues seguís una nueva doctrina opuesta á la que enseñaron los primeros discípulos del Salvador: vuestra doctrina, lejos de ser la de Jesucristo y de sus Apóstoles, era absolutamente desconocida antes de vosotros; es una doctrina que os habeis forjado é inventado vosotros mismos, ó que habeis aprendido de algun tu-

nante que la inventó para seduciros; doscientos años atrás vosotros no existíais. Luego no sois vosotros los que constituís la verdadera Iglesia, habiendo esta existido desde Jesucristo y los Apóstoles, ni os habeis unido á ella, ni formais parte de su cuerpo, pues segun confesais vosotros mismos, *os habeis separado de todo el universo*. Imposible es encontrar en una sociedad que presenta tal carácter de novedad y de aislamiento, el depósito de la verdad, confiado á la Iglesia universal, y conservado sin interrupcion durante tantos siglos.

EJEMPLO.

CONVERSION DE LA SEÑORITA ENRIQUETA M....

(Continuacion).

Medité con sumo cuidado los treinta y nueve artículos, fijando particularmente mi atencion en el que trata de la comunión. Las palabras de Jesucristo están citadas allí con exactitud: las encontré al leerlas tan sumamente claras, que creí en la presencia real de Jesucristo, y la única vez que comulgué con los protestantes estuve íntimamente convencida de que recibía el cuerpo y la sangre de nuestro adorable Salvador. No se alteró mi fe en lo mas mínimo leyendo el párrafo siguiente que deja á cada uno la libertad

de creer ó dejar de creer; me parecia que un punto tan esencial debia haberse tratado mas positivamente; pronto tuve algunas discusiones sobre este particular con mi padre, cuyas ideas calvinistas eran siempre contrarias á la liturgia; esto y el ver que la liturgia misma, única autoridad de los protestantes, incurria en continuas contradicciones, me probó la alseidad de esa religion.

Mi alma ya no estaba entonces en el triste estado de la indiferencia; el ejemplo de mi tia, la gracia de Dios que empezaba á obrar en mí, todo me hacia sentir vivamente la necesidad de tener una religion, de amar á Dios y de tributarle públicamente el culto que le debe todo ser racional como á su Criador. Mi tia, como ya he dicho, se habia siempre abstenido por delicadeza de tratar conmigo de ningun punto de religion; mas habia procurado despertar en mí sentimientos religiosos, y dirigia todas mis ideas al único objeto del amor de Dios, al cual me habia acostumbrado á considerar como el mejor de los Padres.

Resolví dirigirme con confianza á este adorable Padre. Quedé pasmada de que nó me hubiese ocurrido antes esta idea; mi alma estaba muy triste y turbada. Postréme de rodillas y pedí á Dios con fervor que iluminase mi ignorancia, pues que yo no deseaba mas que conocerle y servirle; después de haber orado me levanté mucho mas tranquila. Conoci que este era el único medio de encontrar lo que buscaba, y durante muchos meses hice cada dia la misma súplica. Por fin sentí vivos deseos de hacerla muchas veces al dia. Hacia ya diez y ocho meses que habitaba con mi tia, cuando una tarde que habia sa-

lido de casa, me postré en la presencia de Dios, y le pedí con mas fervor de lo que acostumbraba, que me hiciese conocer la verdad. Apenas habia pronunciado estas palabras cuando oí una voz muy clara que me dijo: *hazte católica.*

No puedo pensar en aquel momento sin sentirme penetrada de amor y de reconocimiento; pero me seria de todo punto imposible explicar lo que pasó entonces en mí: solo me acuerdo plenamente de que me levanté con precipitacion, mirando al rededor de mí, y que prorumpí en un copioso llanto al conocer que Dios mismo se habia dignado hablar á una criatura tan indigna como yo. Nadie, ni siquiera mi tia, sabia el estado de mi alma. Ni solamente me ocurrió la idea en aquel momento de estar mas unida á ella por la igualdad de fe. No; Dios me habia hecho la gracia toda entera, no permitiendo que se mezclase ni influyese en mí ningun sentimiento humano. Cuando estuve algo mas sosegada, mi primera idea fue de ir á contar á mi padre todo lo que me habia sucedido; por fortuna habia salido, volvíme, pues, á casa, y estaba dando gracias á Dios arrasados los ojos de lágrimas, cuando entró mi tia. Admirada de verme en aquel estado, «¿qué tienes? me preguntó con viveza, ¿has visto tal vez á tus padres? ¿es por cosas de religion?»—Sí, sí, le respondí yo arrojándome en sus brazos, *soy católica.* Considérese su extraordinaria sorpresa y alegría, viendo cumplido lo que tres años hacia estaba pidiendo al Señor. Nadie es capaz de describir lo que sentimos entonces nosotras; fue una felicidad que me parece que solo puede hallarse en el cielo. Teníamos tantas cosas que decirnos, que se nos pasó la noche entera

alabando á Dios, y dándole gracias por su suma bondad.

Expuse á mi tia mi intencion de ir por la mañana siguiente á anunciar á mis padres que me habia hecho católica; pero ella me disuadió de mi propósito diciéndome, que expondria á los curas y á los emigrados á una cruel persecucion. Precisa fue toda la confianza que yo tenia puesta en mi tia, para persuadirme de que mas peligro habia en hacerse católica que en pasar de una secta á otra, como lo veia practicar muy á menudo, mucho mas habiendo oido decir que en todas las religiones, sin exceptuar la católica, se podia adquirir la gloria eterna. Tambien me hizo presente mi tia que habiéndome hecho católica por gracia especial de Dios, antes de declararlo debia conocer á fondo los dogmas de esta divina Religion por la cual Dios me destinaba sin duda á combatir.

No teniendo libro alguno de controversia, y conociendo la necesidad que habia de guardar el mayor sigilo, dirigióse mi tia á su confesor, venerable cura francés emigrado, establecido desde muchos años en la isla. Tal fue el terror que le cogió al oír lo que le dijo, que le declaró que no queria oír hablar de esto fuera del confesonario, y no quiso entregarle los libros que le pedia, contentándose con indicarle el paraje en donde los encontraría en la capilla católica. En una circunstancia tan delicada creyó mi tia deberse dirigir al *Abate de Latil*, cuyo celo y virtudes le eran bien conocidas, el cual decidió que debíamos guardar el mas profundo silencio, hasta el momento de hallarme enteramente instruida. Al cabo de quince meses de un asiduo estudio, me creyó el Abate de

Latil en estado de abjurar mis errores, á pesar de no haber llegado todavía á mi mayor edad.

(Se concluirá en el capítulo IV).

CAPÍTULO IV.

CUARTA PRUEBA

de la divinidad de la Iglesia romana.

SU CARÁCTER DE APOSTÓLICA.

No me será por cierto nada difícil, querido Teófilo, demostrarte que la Iglesia romana brilla por su carácter de apostólica sobre la secta protestante, del mismo modo que se distingue el sol por su resplandor de los demás astros que adornan el firmamento. Escucha y vas á quedar convencido.

§ I. Primera prueba.

Por de pronto ya es APOSTÓLICA la Iglesia romana, porque *ha sido fundada por los Apóstoles*. La historia nos enseña que san Pedro estableció su sede en Roma, haciendo de la capital del imperio romano, la capi-

tal del reino de Jesucristo. Todos los Papas se han presentado á la faz del universo como sucesores de san Pedro y herederos de su autoridad, y nunca se ha atrevido nadie á disputarles estas dos preciosas cualidades.

Todas las Iglesias que están unidas al Papa gozan de los mismos privilegios que la de Roma; todas han sido fundadas ó por san Pedro, ó por los demás Apóstoles, ó por sus legítimos sucesores. Así es que todas ellas se remontan hasta el tiempo de los Apóstoles, y todas son tan apostólicas como la de Roma, de la cual forman parte. Son como una multitud de ramas enlazadas unas con otras que se reúnen en un tronco comun, que las sostiene todas, y con el cual no forman mas que un solo árbol.

§ II. Segunda prueba.

Tambien es APOSTÓLICA la Iglesia romana, porque *ha durado desde el tiempo de los Apóstoles hasta el dia por una sucesion no interrumpida de pastores legítimos*. Tan evidente es esta verdad que los mismos protestantes se ven obligados á concederla, á pesar del